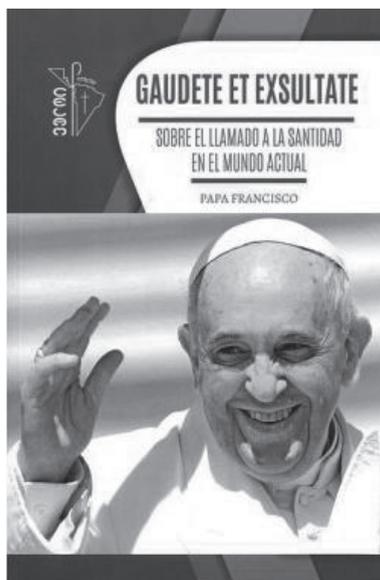


Presentación de la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* del Santo Padre Francisco sobre el llamado a la santidad en el mundo actual.



El lunes 9 de abril hemos sido gratamente sorprendidos con la presentación de una nueva Exhortación Apostólica del Papa Francisco: *Gaudete et Exsultate*, sobre el llamamiento a la santidad en el mundo contemporáneo. La misma está fechada el 19 de marzo, Solemnidad de San José, pero su existencia se mantuvo con mucha reserva hasta unos días previos a su presentación oficial el 9 de abril. Notemos, de paso, que la misma fue realizada por S.E. Mons. Angelo De Donatis, Vicario General de Su Santidad para la Diócesis de Roma, Gianni Valente, periodista; Paola Bignardi de Acción Católica. Un Obispo y dos laicos, un varón y una mujer. Esta elección de los “presentadores” del documento en la conferencia de prensa ya implica un mensaje sobre la universalidad del llamado a la santidad.

El nombre de la exhortación *Gaudete et Exsultate* coincide, como de costumbre, con las dos primeras palabras del documento, que aparecen traducidas al español como: «Alegraos y regocijaos»; y está tomado como cita directa de Mt 5,12. Para comprender mejor esta expresión hay que considerar los versículos 5,11-12 (“bienaventurados ustedes cuando los insulten y persigan y cuando digan todo género de mal contra ustedes a causa de mí, alégrese y regójense (llénense de júbilo) porque la recompensa en el cielo será



grande”) con los que se cierra la sección de las bienaventuranzas en el evangelio de Mateo. Estos versículos hacen una aplicación a los discípulos de la octava bienaventuranza de 5,10 (“Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos”) por cuanto pasan de la tercera a la segunda persona plural dirigiéndose a ellos directamente. Se trata de una alegría y un gozo que podemos llamar “sobrenatural” por cuanto se da en un contexto de persecución por seguir a Cristo y vivir su evangelio. La relación del título con las bienaventuranzas de Mateo se refuerza por el hecho de que el Papa dedica el capítulo tercero de la exhortación a un detallado comentario sobre las mismas.

Sobre el título de la exhortación también es de resaltar la presencia del tema de la “alegría” en sentido amplio que continúa un énfasis propio del magisterio del Papa Francisco pues lo encontramos en las dos exhortaciones apostólicas anteriores: *Evangelii Gaudium* = “La alegría del Evangelio” (2013) y *Amoris Laetitia* = “La alegría del amor” (2016). Podríamos sumarle la Constitución Apostólica *Veritatis gaudium* = “La alegría de la verdad” sobre las Universidades y Facultades eclesísticas (2017).

El documento consta de una brevísima introducción y de cinco capítulos. En comparación con las dos exhortaciones apostólicas anteriores el texto es relativamente breve, en la versión digital cubre sólo 42 páginas; contra las 266 de AL y las 88 de EG.

La *introducción* consta de sólo dos párrafos donde Francisco explica que su intención no es escribir un tratado sobre la santidad, sino que su “humilde objetivo es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor» (Ef 1,4)” (nº 2). Por tanto, ya nos avisa desde el comienzo que más que entrar en definiciones y disquisiciones teológicas sobre la noción cristiana de santidad —muy válidas por cierto— su objetivo es que volvamos a sentir el llamado a la santidad que Dios hace a cada uno de nosotros, el cual

hay que comprender y vivir en el contexto actual, que no es igual a otras épocas pues tenemos nuevos “riesgos, desaffos y oportunidades”. También excluye de su objetivo el “análisis que podría hacerse acerca de los medios de santificación”, que si bien nombra a los más importantes en el cuerpo del documento (n° 110), sólo sobre la oración hace un cierto desarrollo (n^{os} 147-157).

El capítulo primero trata del “*El llamado a la santidad*” y, si bien no da definiciones ni hace disquisiciones teológicas sobre la santidad, sí hace acentuaciones muy propias de su estilo de pensamiento.

En primer lugar, el Papa Francisco entiende la santidad en sentido amplio pues no quiere que pensemos solamente en los ya beatificados o canonizados, sino en la santidad de la Iglesia militante que el Espíritu Santo derrama en el pueblo fiel de Dios (n° 6). Y concretamente se fija en lo que llama “la clase media de la santidad”, en referencia a todos aquellos que con paciencia y constancia se esfuerzan por seguir día a día en el camino del Señor (n° 7). Y tampoco reduce la santidad al ámbito de la Iglesia Católica, que es su rostro más bello; pues considera que fuera de la misma el Espíritu suscita santidad y pone como ejemplo el “ecumenismo de los mártires” de que hablaba san Juan Pablo II.

En segundo lugar, y en contra de una tendencia neopelagiana, afirma que “la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23)” (n° 15).

En tercer lugar, inspirándose en H. U. von Balthasar a quien cita, pone mucho énfasis en la identificación práctica entre santidad y misión, pues “cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio” (n° 19). Ahora bien, esta misión sólo se entiende desde una identificación con Cristo por cuanto, “en el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida” (n° 20). Y más sintéticamente, “es Cristo amando en nosotros, porque «la santidad no es sino la caridad plenamente vivida» (n° 21).



En cuarto lugar, esta identificación con Cristo “implica el empeño por construir, con él, ese reino de amor, justicia y paz para todos” (n° 25). Por eso acentúa la necesidad de actuar, pues la “actividad santifica” y no es sano oponer acción y contemplación por cuanto “somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión” (n° 26).

En quinto y último lugar, invita a apartar el miedo a la santidad fundado en el prejuicio de que nos puede hacer perder vida y humanidad, y afirma claramente que quien se deja guiar por el Espíritu Santo encuentra una vida más plena y más humana.

En el *segundo capítulo* se ocupa de “*Dos sutiles enemigos de la santidad*” que la falsifican, como son el gnosticismo y el pelagianismo. Sobre estas dos antiguas herejías y su “rebrote” en la actualidad ya había hablado el Papa Francisco en su magisterio ordinario. Aquí hace un análisis detallado de las mismas y de su modo de presencia en la vida espiritual de algunos cristianos.

En los párrafos 36 a 46 se ocupa del “gnosticismo actual”. Notemos lo de actual, pues el gnosticismo fue una herejía surgida en el siglo I pero que se ha actualizado en formas nuevas, aunque la raíz permanece y consiste en dar una primacía al conocimiento (gnosis en griego, de donde deriva el término gnosticismo) sobre la caridad. Aquí, con gran lucidez, el Papa describe las tres deformaciones que provocan en los creyentes esta tentación.

La primera surge al considerar que la perfección cristiana está en el mucho saber, en el gran conocimiento doctrinal. Entonces los gnósticos actuales “conciben una mente sin encarnación, incapaz de tocar la carne sufriente de Cristo en los otros, encorsetada en una enciclopedia de abstracciones. Al descarnar el misterio finalmente prefieren «un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo»” (n° 37).

La segunda deformación nace porque niegan la dimensión de misterio propia de la fe cristiana pues el gnosticismo «por su propia naturaleza quiere domesticar el misterio», tanto el misterio de Dios y de su gracia, como el misterio de la vida de los demás y “considera que su propia visión de la realidad es la perfección” y quedan encerrados en ella (n° 40). Entonces no aceptan la trascendencia y la sorpresa de Dios, quien siempre es más grande que nuestros pensamientos y sus acciones van más allá de lo previsible.

La tercera deformación es pretender encerrar la fe dentro de los límites de la razón, absolutizando nuestro modo de entender la revelación divina y negando toda posible pluralidad o diversidad en la comprensión de la doctrina sagrada. Por el contrario, el Papa Francisco nos dice aquí que “la doctrina, o mejor, nuestra comprensión y expresión de ella, «no es un sistema cerrado, privado de dinámicas capaces de generar interrogantes, dudas, cuestionamientos», y «las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones, poseen valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan»” (n° 44).

El n° 46 cierra el tema del gnosticismo con los consejos de San Francisco y San Buenaventura para evitarlo, que se resumen en unir al estudio el espíritu de oración y devoción; recordando que la sabiduría es amiga de la misericordia y, por tanto, las obras de misericordia favorecen la contemplación de los misterios divinos.

El tratamiento del “pelagianismo actual” es más largo que el anterior pues se ocupa del mismo en los párrafos del 47 al 62.

Al inicio nos explica que el pelagianismo era una herejía también antigua y derivada del gnosticismo “porque el poder que los gnósticos atribuían a la inteligencia, algunos comenzaron a atribuírselo a la voluntad humana, al esfuerzo personal. Así surgieron los pelagianos y los semipelagianos. Ya no era la inteligencia lo que



ocupaba el lugar del misterio y de la gracia, sino la voluntad. Se olvidaba que «todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios» (Rm 9,16) y que «él nos amó primero» (1 Jn 4,19)” (n° 48).

Los que caen en esta tentación “en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico” (n° 49). Y con esta actitud de “una voluntad sin humildad” impiden la acción de la gracia en ellos (n° 50); olvidando la constante enseñanza de la Iglesia sobre la primacía de la acción de Dios sobre nuestros esfuerzos y nuestras obras (n°s. 52-56); para terminar cayendo “en una autocomplacencia egocéntrica y elitista privada del verdadero amor” que “se manifiesta en muchas actitudes aparentemente distintas: la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial” (n° 57).

Termina ofreciendo como “remedio” para evitar esta tentación el “recordar frecuentemente que existe una jerarquía de virtudes, que nos invita a buscar lo esencial. El primado lo tienen las virtudes teologales, que tienen a Dios como objeto y motivo. Y en el centro está la caridad” (n° 60).

Y cierra este capítulo con una súplica: “¡Que el Señor libere a la Iglesia de las nuevas formas de gnosticismo y de pelagianismo que la complican y la detienen en su camino hacia la santidad!” (n° 61).

En el *capítulo tercero* describe la santidad “*A la luz del Maestro*”, o sea desde las palabras de Jesús, quien “explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23)” (n° 63). Entonces, en los párrafos 65 a 94, el Papa Francisco se dedica a un estudio de cada una de las bienaventuranzas demostrando que son santos los que las viven en lo cotidiano de su vida. Por tanto, ellas nos muestran el camino de la santidad cristiana con claridad.

1. Ser pobre en el corazón, esto es santidad.
2. Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad
3. Saber llorar con los demás, esto es santidad
4. Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad.
5. Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad.
6. Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad.
7. Sembrar paz a nuestro alrededor, esto es santidad.
8. Aceptar cada día el camino del Evangelio aunque nos traiga problemas, esto es santidad.

Y luego, en los párrafos 95 a 108, desde el “protocolo” de Mt 25,31-46, insiste en presentar la inseparable relación que existe en la Palabra de Dios entre la santidad cristiana y el reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humanos (n° 98); así como de la incoherencia de un ideal de santidad que ignore la injusticia de este mundo (n° 101). Y refuerza esta afirmación con el testimonio de vida de santos como San Benito y Santa Teresa de Calcuta. Justamente concluye este tercer capítulo diciendo que

la fuerza del testimonio de los santos está en vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final. Son pocas palabras, sencillas, pero prácticas y válidas para todos, porque el cristianismo es principalmente para ser practicado, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a vivir el Evangelio en la vida cotidiana. Recomiendo vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar hacerlos carne. Nos harán bien, nos harán genuinamente felices (n° 109).

En el *capítulo cuarto* el Papa Francisco desarrolla “*Algunas notas de la santidad en el mundo actual*”, que considera “no deben faltar para entender el estilo de vida al que el Señor nos llama” (n° 110). En concreto, se trata de “cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo” que son importantes porque cada nota



se contrapone “a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy” que son identificados aquí por el Santo Padre (n° 111). Nos parece que se inspira en esta presentación en el famoso “*agere contra*” (hacer lo contrario) para vencer las tentaciones que sugiere san Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales (cf. EE 13; 97; 325; 350).

Así, ante la “ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y debilita” urge estar “firme en torno a Dios que ama y que sostiene” y “desde esa firmeza interior es posible” practicar el aguante, la paciencia y la mansedumbre (n°s. 112-121).

Ante la “negatividad y la tristeza” es necesario vivir con “alegría y sentido del humor” (n°s. 122-128).

Ante “la acedia cómoda, consumista y egoísta” se requiere practicar la “audacia” y mantener “el fervor” (n°s. 129-139).

Ante “el individualismo” reinante que nos aísla se nos recuerda que “la santificación es un camino comunitario, de dos en dos” (n°s. 140-146).

Finalmente, ante “tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual” se reafirma que “la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración” constante (n°s. 147-157).

El *quinto y último capítulo* se concentra en tres temas que se reclaman lógicamente: “*Combate, Vigilancia y Discernimiento*”.

En el primer párrafo de este capítulo Francisco hace esta importante afirmación “La vida cristiana es un combate permanente” (n° 158); que completa más adelante cuando dice que “nuestro camino hacia la santidad es también una lucha constante” (n° 162). Y este *combate* es contra el mundo y la mentalidad mundana; contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones; pero “es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del

mal” (n° 159) y cuya existencia no puede reducirse “a un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea” (n° 161).

Más adelante enumera “las armas poderosas que el Señor nos da” para este combate (n° 162) y la orientación del camino por donde avanzar para vencer al mal que es “el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor” (n° 163). Y también nos advierte del gran peligro del “descuido”, “del quedarse en un punto muerto”, “de conformarse con poco”, “del caer en un espíritu de derrota”; en fin de la “tibieza” que puede llevarnos a la “corrupción espiritual”. Ante este peligro real el Papa hace una fuerte llamada a la necesidad de la *vigilancia*, de estar atentos (n^{os}. 162-165).

Y dado que nosotros somos solicitados tanto por el Espíritu Santo como por el espíritu del mundo o del diablo, hay una “necesidad imperiosa” de ejercitarse siempre, tanto ante las grandes decisiones como en lo simple y cotidiano, en el *discernimiento*. Relacionándolo con lo ya visto, el discernimiento se define como “un instrumento de lucha para seguir mejor al Señor” (n° 169); que siempre “es un don sobrenatural, una gracia”, que aunque incluye el ejercicio de la razón y de la prudencia, las supera (n° 170). El discernimiento espiritual cristiano parte de una “disposición a escuchar al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de formas nuevas” y, por ello, requiere “del silencio de la oración para percibir mejor el lenguaje” de Dios y sus inspiraciones y tiene como criterio definitivo el Evangelio y el Magisterio de la Iglesia que lo custodia (n^{os}. 171-173). Por último, señala que “una condición esencial para el progreso en el discernimiento es educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los nuestros”. Esto implica aceptar que nos movemos en una lógica distinta, como es “la lógica del don y de la cruz” (n° 175). Desde esta lógica se afirma que el auténtico discernimiento cristiano es “una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos” (n° 175).



El Papa Francisco concluye esta exhortación apostólica, como de costumbre, poniendo a María como madre y modelo de la santidad cristiana (n° 176) y manifestando su esperanza en “que estas páginas sean útiles para que toda la Iglesia se dedique a promover el deseo de la santidad” (n° 177), que es el propósito explícito de las mismas. Y es lo que hemos intentando con este escrito.

Pbro. Damián Nannini
Licenciado en Sagrada Escritura
Director Escuela Bíblica y Teológica del CEBITEPAL
Vicerrector Académico
cebitepal.biblia@celam.org